

AGROINDUSTRIA Y AGRICULTURA INTENSIVA EN LOS VALLES CERCANOS A SANTIAGO: ACONCAGUA Y CACHAPOAL

Los valles cercanos a Santiago, Aconcagua por el norte y Cachapoal por el sur, son de una extraordinaria riqueza. Allí se organizó muy tempranamente la agricultura y quizá, sobre todo en Aconcagua, una agricultura más intensiva que en el resto del país. La cercanía a los puertos, las buenas vías de comunicación, provocaron un desarrollo agrícola particular. La facilidad con que se producían los frutales, los llevó también a especializarse.

El valle de Aconcagua por el norte, y el del Cachapoal por el sur, desarrollaron una agricultura intensiva no ligada directamente a las necesidades de consumo cotidiano de la capital. Quizá por esa razón, y por la abundancia de frutales y hortalizas, en esas dos áreas surgió tempranamente la conservería, tanto para surtir el mercado interno como para la exportación. Entre los primeros productos elaborados de la agricultura que se exportaron en el siglo pasado, estuvieron los duraznos (huesillos) y ciruelas secas; y a comienzos de este siglo, las conservas de duraznos al jugo, conocidas en todos los países latinoamericanos del Pacífico.

En muchas de estas áreas se produjo una temprana subdivisión de las propiedades rústicas, que las llevó a transformarse en sectores de chacras y pequeñas propiedades altamente productivas. Fue el caso de Quillota, Limache, La Cruz, San Felipe, Los Andes, Rancagua, y Quinta de Tilcoco en la provincia de O'Higgins. La subdivisión tuvo su origen en la calidad de las tierras, que permitía una producción de frutas finas, como paltas, lúcumas, chirimoyas, naranjas, duraznos. A comienzos de siglo, esta subdivisión coincidió con la presión ejercida por inmigrantes, especialmente españoles (Quillota-La Cruz) e italianos (Los Andes), que se instalaron en esos pueblos dedicándose a la agricultura de tipo intensivo.

La situación, sin embargo, no era homogénea; por ejemplo, en la provincia de Aconcagua, si bien encontramos en las cercanías de San Felipe un fuerte proceso de subdivisión de la propiedad, especialización de ella y modernización de sus cultivos, a pocos kilómetros se encontraban áreas como Catemu, Quilpué y Putaendo donde predominaba un tipo de latifundio, con sistemas de inquilinaje muy tradicional.

En este capítulo quisiéramos resaltar la antigüedad en la especialización agroindustrial de estas áreas agrícolas. Queremos destacar una larga tendencia de la agricultura chilena: un área "dinámica" o "de punta" que, sin embargo, no ha tenido capacidad de expandirse en el resto del país ni dinamizar al conjunto del sector. En San Felipe analizaremos una chacra moderna y nos detendremos en la industria del cáñamo. En Quinta de Tilcoco estudiaremos una agroindustria frutícola y hortícola que no se diferencia demasiado de lo que hoy día existe en esa misma región. Finalmente, a modo de comparación, veremos lo que ocurría en las grandes haciendas que no se subdividían y mantenían sus esquemas tradicionales.

1. SUBDIVISION DE LA PROPIEDAD Y ABOLICION DEL INQUILINAJE: LAS CHACRAS EN SAN FELIPE

En las cercanías de San Felipe se encontraba en 1912 la chacra llamada Los Nogales, de propiedad de don Manuel Tapia Orthous, producto de la división de una propiedad mayor. Se componía de 67 hectáreas de riego limpias y planas. Se encontraba a ocho cuadras de San Felipe y estaba unida al centro de la ciudad por calles recorridas por carros urbanos, es decir, una situación de urbanización temprana del campo. El predio se manejaba con diez trabajadores que recibían 1.50 pesos al día; 1.80 pesos para las faenas de riego, que se consideraban ya más especializadas; y un peso para las mujeres y los niños; además de esto, "reciben todas las mañanas una galleta de 10 centavos y a las 12 el almuerzo".

En este tipo de chacras cercanas a la ciudad de San Felipe, ya en 1912 se habían suprimido los talajes, las regalías de tierra, y se encontraban en una situación temprana de desinquinización. La mayor parte de las faenas se realizaba con peones libres, jornaleros que vivían fuera del predio (1).

En 1869, según una estadística local, en la comuna de San Felipe existían dos fundos avaluados en más de 10 mil pesos, quince predios de más de 4 mil pesos y 596 predios de menos de mil pesos de avalúo, lo que muestra a esta zona como una de las más tempranas de subdivisión de la propiedad.

Junto a la subdivisión de la tierra, la especialización creciente de la agricultura y la transformación de las relaciones de trabajo, se fue produciendo en la zona de San Felipe un creciente desarrollo agroindustrial. El cáñamo se producía desde muy antiguo en el valle de Aconcagua y tenía por objeto, principalmente, la fabricación de cuerdas para el servicio de los barcos que recalaban en Valparaíso. La fábrica de jarcias de Parry Hnos., de San Felipe, y la fábrica de cuerdas La Industrial, de Los Andes, eran en la segunda

(1) Juan Luis Espejo, "Monografía de la chacra Los Nogales" (Tesis Ingeniero Agrónomo. Instituto Agronómico, Universidad de Chile. Santiago, 1912).

mitad del siglo XIX las más importantes compradoras de este rubro. También existían pequeñas hilanderías que hacían un trabajo más fino, como cuerdas hechas a mano y otro tipo de productos derivados del cáñamo.

La industria de la fruta también había comenzado a desarrollarse; en el año 1910 encontramos varias fábricas de este rubro, tales como Larrondo y Compañía, y Bruna y Compañía, de San Felipe; y O. Pérez, de Los Andes. También se enviaba frutas frescas a Valparaíso y a Santiago.

a) El cultivo del cáñamo

Esta planta se cultiva en la zona de Aconcagua desde los tiempos de la conquista española, época en la cual tuvo muchísima importancia (2); "tan favorables condiciones encontró el cáñamo en Chile y se desarrolló tanto su industria, que en 1.645 se importaban [se exportaban] a España partidas de 27.300 quintales. Sin embargo, un siglo más tarde disminuyó mucho este cultivo y el rey, para levantarlo, daba los terrenos vacíos a la condición de que se hicieran siembras de cáñamo y lino". En 1832, el gobierno de Prieto se preocupó de esta industria y ofreció un premio de 2 mil pesos al que introdujera la mejor maquinaria para acelerar los trabajos de elaboración del cáñamo y, aún más, ordenó que en los buques nacionales sólo se usara la jarcia fabricada en el país (3).

Gracias a estas medidas se instalaron varias fábricas de cuerdas en Valparaíso, que duraron poco tiempo, pues a pesar de la protección del gobierno se seguían importando cáñamos extranjeros. Así, en 1881 se introdujeron 135.268 pesos y en 1887, 2.156.291 pesos en hebras.

Merced a la iniciativa del agroindustrial don Agustín Verdugo, aprovechando la fuerza hidráulica del Aconcagua, estableció la primera fábrica de jarcias en grande escala; ha salido hoy esta industria de manos de los hilanderos (4).

Según la estadística comercial de 1909, se cultivaban en el departamento de San Felipe 160 hectáreas con una cosecha de 15.697 quintales métricos de fibra.

-
- (2) Sobre el cultivo del cáñamo, véase Schneider, *La agricultura en Chile*; Juan Luis Espejo, "Monografía de la chacra Los Nogales", citada; Ignacio Huidobro Morandé, "Monografía cultural y económica de la hacienda Santa Rosa de Catemu" (Tesis Ingeniero Agrónomo. Escuela de Agronomía, Universidad de Chile. Santiago, 1936). Nos ha parecido importante detallar las faenas del cáñamo, una de las primeras agroindustrias del país y que hoy día ha cambiado maliciosamente de uso.
- (3) Schneider, *La agricultura en Chile*, p.36.
- (4) Juan Luis Espejo, "Monografía de la chacra Los Nogales", citada, pp. 41 y ss.

La industria del cáñamo se realizaba en forma artesanal; las faenas eran más o menos como sigue: luego de la siembra, riego y abono hasta que los tallos estaban maduros, venía la **arranca**, **amarra** y **desemilladura**, que duraba varios días. Los trabajadores destinaban las mañanas a amarrar los atados, que luego eran extendidos en la era. Cuando ya estaban asoleados, se procedía a **desemillar** el cáñamo. A partir de allí comenzaba el trabajo de obtener las fibras, el cual consistía en separar la materia gomosa que las une. En Aconcagua se realizaba esta faena por medio de agua corriente del río:

Cada productor va al río y hace su pozo para depositar el cáñamo; se prefiere este sitio porque abunda allí el agua y se aleja el mal olor de las habitaciones; además, la orilla del río con su lecho arenoso se presta para la construcción de estanques en que se ensucia menos la fibra que en los fabricados de tierra común. Pero este sistema tiene el gran inconveniente de que en sus crecidas otoñales el Aconcagua puede llevarse toda la cosecha, como sucedió el año 1909, con pérdidas de muchos miles de pesos (5).

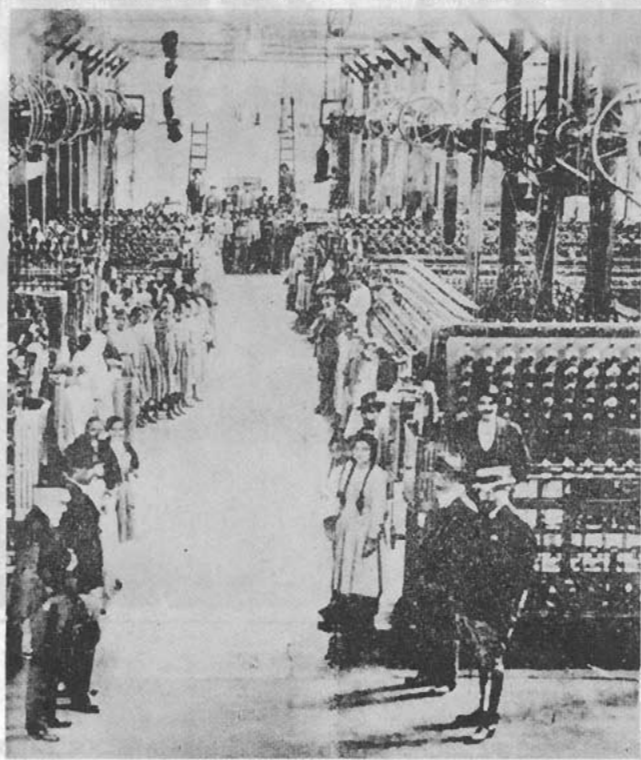
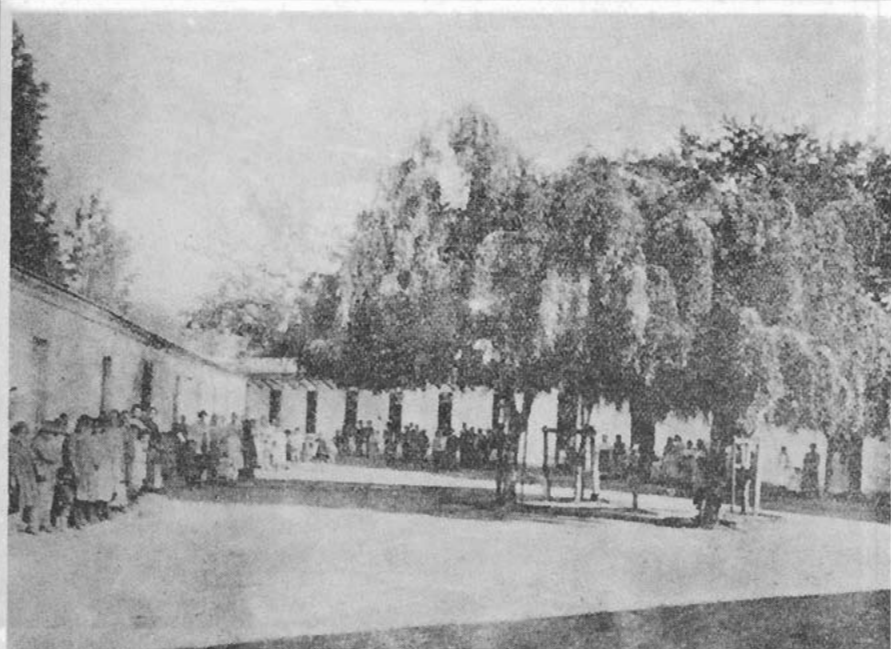
En el caso de la chacra Los Nogales, el cáñamo era conducido en carretas a dos enriaderas que estaban a doce cuadras de la chacra, en el borde del río. En ellas se iba colocando los haces por corridas, de modo que el total del cáñamo quedara cubierto por una capa de agua.

Allí principia la fermentación y se va ablandando poco a poco la materia que une las fibras, hasta el momento en que puede desprenderse fácilmente frotándola entre los dedos. Pasado este punto sobreviene la fermentación pútrida que ataca la hilaza con desprendimiento de amoníaco y ácido sulfhídrico, lo que da ese olor penetrante.

Enseguida se procedía a **desenriar**, operación "que como la anterior se da también a hombres esforzados, que tienen que trabajar durante días enteros sumergidos en el agua, muchas veces descompuesta. Se sacan los manojos de cáñamo, se lavan y baten para que desprendan la goma de sus tallos; enseguida se extienden y cuando ya están oreados por su parte externa se empabellonan unos con otros con el objeto de que se sequen completamente. Entonces se cargan las carretas y se conduce el cáñamo a la chacra, en donde se procede a **tascarlo**".

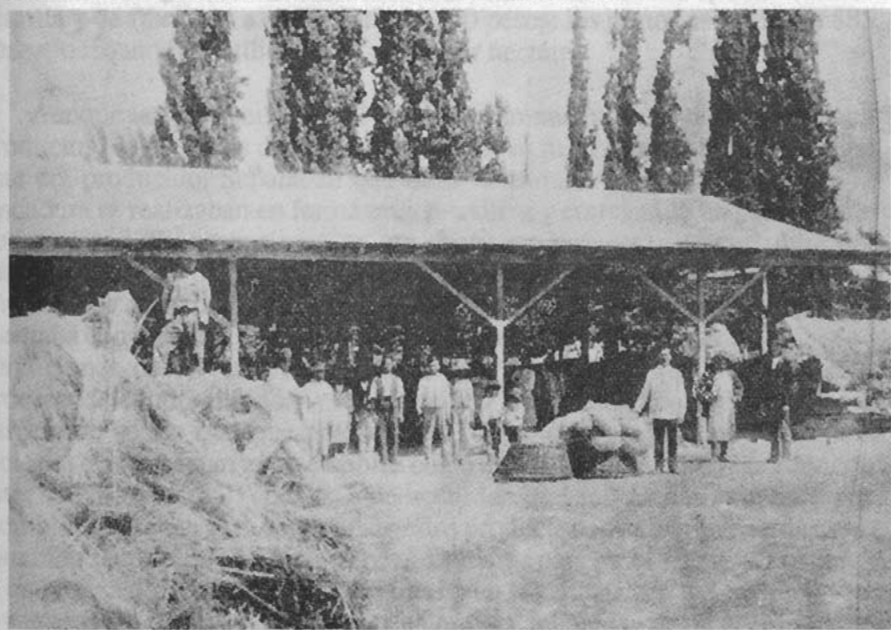
La **tascadura** consiste en desprender la parte leñosa que aún une la fibra; se efectuaba merced al golpe de un trozo de madera cilíndrico sobre otro acanalado en que se colocaba el cáñamo; así iba triturándose esa parte leñosa y quedaba la fibra sola, que cuando es de buena calidad tiene color perla brillante y un olor característico. Por fin, el cáñamo elaborado era engalponado y ya quedaba listo para la venta.

(5) *Ibíd.*



(De: Estebán Urzúa (p. 173))

FABRICA DE JARCAS, SOCIEDAD INDUSTRIAL DE LOS ANDES, DE DON MANUEL PEREDA
 OBREROS DE LA INDUSTRIA DE CAÑAMO DE DON RAMON TRINCADO (LOS ANDES, 1920)
 (De: Anabalón Urzúa (p. 202))



estas mangleras torradas con este tipo de cubierta. La política económica a
intercambista de la época, sin duda fue también un serio limitante al desarrollo
de esas industrias, que habría impulsado mucho más el cambio y
modernización de la agricultura local.

FABRICA DE JARCIAS, SOCIEDAD INDUSTRIAL DE LOS ANDES, DE DON MANUEL PEREDA.
NIÑOS APRENDICES Y TRABAJADORES
(De: Anabalón Urzúa (p. 173))

FABRICA DE JARCIAS, SOCIEDAD INDUSTRIAL DE LOS ANDES, DE DON MANUEL PEREDA.
POBLACION OBRERA DE LA FABRICA
(De: Anabalón Urzúa (p. 173))

Por ser de una compleja manipulación y necesitar gran cantidad de mano de obra, el trabajo con el cáñamo era realizado principalmente a trato. Las labores culturales, con sus nombres característicos, eran muchas y variadas, y cada una de ellas tenía un precio estipulado: una primera aradura, una primera y segunda cruza, dos rastrajes, menguadura, siembra y tapadura, acequiadura, pajareadura, y los riegos: eran 17 los riegos que se hacían para este producto. Después venía el proceso de cosecha, en que encontramos la arranca, la amarra y desmilladura, la avienta y purificación, el acarreo a la enriudera, la enriadura, la desenriadura, la empabellonadura, el acarreo, la tascadura y engalponadura ya citadas. Se trataba de una producción con fuertes gastos de mano de obra y, por lo tanto, con fuertes adelantos de capital-salario.

El cálculo por hectárea era el siguiente para 1909: el costo de la semilla, 52.50 pesos; el interés por mobiliario especial, arados, etc., 28 pesos; los gastos generales, 50 pesos; el valor del trabajo, 442.30 pesos. Se calculaba un arriendo del suelo de 300 pesos; la utilidad por hectárea, considerando 20 fanegas de semillas y 28 quintales españoles de fibra, era de 1.420 pesos.

La utilidad por hectárea del cáñamo, teniendo en cuenta la producción de semilla y de fibra, era a esa fecha de 1.420 pesos; los gastos ascendían a 885 pesos, quedando de utilidad 535 pesos por hectárea.

Aunque las ganancias con el cáñamo eran mucho mayores que en otros productos, los técnicos de la época se quejaban de la forma primitiva en que éste era producido. Señalaban que tanto la enriadura del cáñamo como la tascadura se realizaban en forma muy primitiva y entregando un producto de poca calidad. Se propusieron en esa época los proyectos de enriadura del cáñamo con agua caliente y unos sistemas de tascadura con unas tascadoras de cilindros acanalados que hacían el trabajo muy rápido, el cual se complementaba con maquinarias "para el peinado y el espadado que dejan la fibra en condiciones de ser entregada a la fábrica de jarcias". Sin embargo, este proceso de modernización y tecnificación de la industria del cáñamo al parecer no se dio más que parcialmente, como consecuencia de las importaciones que se hacían tanto de fibras como de otros productos elaborados con esta materia prima. Tenemos que recordar que las faenas mineras, por ejemplo, ocupaban gran cantidad de estos productos en sacos, en cuerdas, etc. También se ocupaba el cáñamo en las arpilleras para sacos trigueros, paperos y, en general, productos de la agricultura; en las cinchas de los caballos y de los aperos de campo y trabajo agrícola; para felpudos, jergones, tejidos, e incluso mangueras forradas con este tipo de cubierta. La política económica librecambista de la época, sin duda fue también un serio limitante al desarrollo de esta industria, que habría impulsado mucho más el cambio y modernización de la agricultura local.

b) La fruticultura de Aconcagua

La situación de San Felipe muestra las posibilidades que tuvieron ciertas áreas agrícolas en Chile de modificar la agricultura latifundiar tradicional existente. En estas áreas se cambió muy tempranamente el régimen de trabajo, se procedió a la agroindustrialización, y se especializaron los cultivos. Sin embargo, la política general llevada por el Estado, dominado por una concepción liberal a ultranza, impidió que estos ejemplos se generalizaran en la agricultura del país. A pesar de estos "bolsones de modernidad", la agricultura chilena del Valle Central seguía siendo triguero-ganadera y el régimen social imperante, el del trabajo semiasalariado del inquilinaje. Estos ejemplos de excepción permiten destacar la regla general.

La chacra Aguirre de San Felipe, de 72.1 hectáreas, es otro ejemplo de sobrecapitalización temprana, que contrasta con la situación de las grandes haciendas. La chacra estaba rodeada de una tapia de adobones de dos metros de alto, que la separaba de los callejones públicos. Poseía bodegas de 3.110 metros cuadrados, que servían para procesar el vino de 36 hectáreas de viñas. La casa de la hacienda era la misma que existía antes de la subdivisión, de anchos adobes, de un piso y amplios corredores. En 1918 se le agregó un segundo piso; su superficie era de más de 600 metros cuadrados, y contaba con once piezas (6).

La chacra poseía además una bodega de 442 metros cuadrados, con piso de arena y techo de tejas, que la hacía muy fresca; esta bodega permitía guardar manzanas para vender en pleno invierno.

La actividad frutícola de la chacra Aguirre no estaba aún especializada, lo que era relativamente característico de esta época y de este tipo de propiedad. Tenía un manzano de dos hectáreas, un nocal de tres, un duraznal de ocho, un damascal de una hectárea, y la viña ya mencionada. Además, existía una lechería de 28 vacas; quince hectáreas de huertos; cuarenta de cultivos, en que el cáñamo ocupaba un lugar preponderante; ocho para la lechería, y siete para el talaje de los animales de trabajo.

El cálculo del precio de la tierra y las rentas permite detectar los problemas de la modernización en el período y explicar las dificultades para la transformación de las haciendas rentísticas. Un cálculo detallado a precios de 1929, da un valor de la tierra sin mejoras de 106.500 pesos, y con mejoras, de

- (6) Raúl Aguirre Aguirre, "Monografía cultural económica de la chacra Aguirre" (Tesis Ingeniero Agrónomo. Escuela de Agronomía, Universidad de Chile, Santiago, 1934). Se señalan las características técnicas de la construcción: muros del primer piso de 0.8 a un metro de ancho. El alto de las piezas era 5.5 metros. Cada pieza era de 5 por 6 metros. El segundo piso tenía paredes de 0.2 a 0.3 metros de espesor, construidas como un entramado de madera de pellín y pino oregón, con adobe de tabiquería. El techo era de teja, colocada sobre barro empajado. Poseía corredores por ambos lados en el primer piso; en el segundo, balcón corrido que unía las piezas.



vía en los potreros y había pasto suficiente. Se producían 35 mil kilos de

(7) Véase el estudio cartográfico sobre la Hacienda Quipusí, donde se detallan los tipos de tracción y las diversas formas del arado, etc. San José de Pujolín cruceo hacienda por camino a Quipusí.

414.740 pesos. La utilidad líquida anual era de 24.930 pesos, contabilizando el conjunto de los ingresos y descontando gastos y reposición. La renta potencial del predio debía ser de 34.561 pesos, por lo que existía una rentabilidad negativa de 9.631 pesos, esto es, casi de un 30 por ciento anual.

En la década del diez, sobre todo durante la guerra mundial, hubo una tasa mayor de retorno, lo que explica las grandes construcciones realizadas; pero terminada la guerra, el proceso de agroindustrialización también decayó. Las frutas frescas se podían enviar al norte por tren, pero al disminuir la actividad salitrera este pequeño "boom" desapareció. Lo mismo pasó con las mantequillas, chichas y vinos, y otros productos. El tiempo favorable a la modernización fue demasiado breve y prontamente las empresas de este tipo no pudieron competir frente a las haciendas rentfísticas, que sin inversión neta de capitales sacaban un excedente (renta) mayor.

La chacra Aguirre, al igual que otras, había liquidado el inquilinaje; las familias de trabajadores permanentes sólo recibían la casa y un pequeño patio, y todo su salario en metálico; se mantuvo varios años la ración diaria de comida, la cual también se eliminó posteriormente. Sólo el mayordomo tenía derecho a dos talajes para sus caballos.

c) Las grandes haciendas: San José de Piguchén

No lejos de las chacras que hemos reseñado, se encontraba San José de Piguchén, en el valle de Putaendo, con 46.260 hectáreas, de las cuales unas 1.260 eran planas y regadas por las tomas que se le hacían (y hacen) al río Putaendo. Su límite por el lado de la cordillera era la Argentina, y tenía hermosas veranadas y campos de pastoreo en su interior. El propietario era don Claudio Vicuña Subercaseaux, familia de sobra conocida en Chile y propietaria de una gran cantidad de haciendas; en un momento fueron propietarios de las dos grandes haciendas vecinas de Putaendo, El Tártaro y Lo Vicuña, nombres que hasta el día de hoy se conservan. Estas últimas haciendas también eran de enormes proporciones. Limitaba San José de Piguchén también con la hacienda Jahuel, que era parte de la enorme hacienda denominada Quilpué y más adelante Las Casas de Quilpué, ubicada en San Felipe (7). En resumen, las chacras que hemos descrito estaban "cercadas" por haciendas gigantescas.

En 1921, San José de Piguchén poseía una lechería con 250 vacas en leche, mestizas Durham, que daban un promedio de diez litros cada una. El ganado vivía en los potreros y había pasto suficiente. Se producían 35 mil kilos de

(7) Véase el estudio monográfico sobre la hacienda Quilpué, donde detallamos los tipos de trabajadores, las diversas formas del inquilinaje, etc. San José de Piguchén era una hacienda muy similar a Quilpué.

mantequilla anuales. En Piguchén se destinaban 314 hectáreas a alfalfa, de las que se producía pasto, el cual se elaboraba con una máquina a vapor. Como ya se ha visto, esta "industria", era la más importante en la zona central y en Aconcagua durante esos años. Las haciendas más modernas se caracterizaban por tener maquinaria enfiadora que les permitía trabajar este rubro de exportación. Se destinaban también 157 hectáreas a trigo, con una producción media de 50 a 60 quintales por cuadra; 63 hectáreas de chacarería, incluyendo las raciones de los inquilinos; y 15 a mafz para el alimento ensilado. Tenía además una viña de 47 hectáreas, con la que se preparaba solamente chacolí, vino ligero del año. Se destilaba alcohol mediante un alambique y se producía bastante aguardiente. El fundo estaba plantado de nogales en caminos y diversas áreas, lo que constituía otro ingreso muy importante (más de 3 mil plantas). Había además un chiquero de cien cerdos para aprovechar el suero de la leche, que se destinaba a mantequilla. El ganado de Piguchén era calculado en 2 mil vacunos y 3 mil ovejunos (8).

En Piguchén había una población, en 1920, de 600 personas, entre hombres, mujeres y niños, y había 28 posesiones de inquilinos. Baraona, en 1960, encontró una dotación de cuarenta inquilinos con posesión, lo que estaría demostrando que, lejos de disminuir el inquilinaje, aumentó en los años de crisis latifundiaria, esto es, después de los años veinte (9).

El inquilinaje en Piguchén seguía la antigua costumbre de los "arrendatarios". Las "posesiones de inquilinos" también se denominaban "arriendos", y los "arrendatarios" tenían que cancelar todos los años un "canon" a la hacienda. Este pago era en cierto modo simbólico, pero se mantenía como costumbre arraigada. Los arriendos en la primera década del siglo eran de aproximadamente 25 a 30 pesos anuales, lo que equivalía aproximadamente al precio de un novillo.

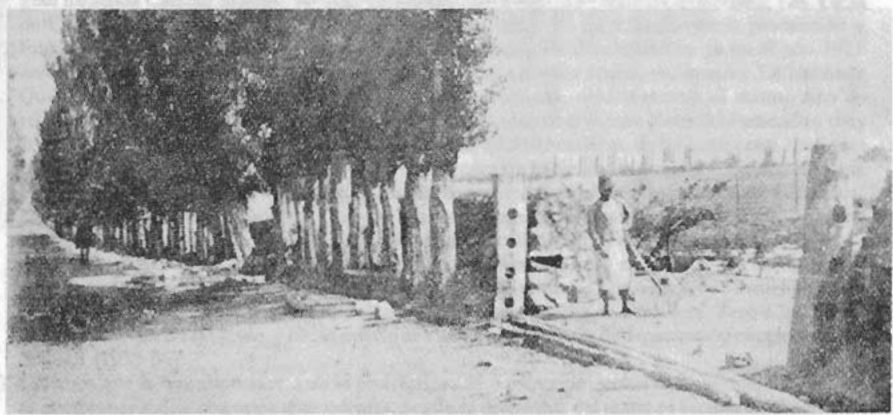
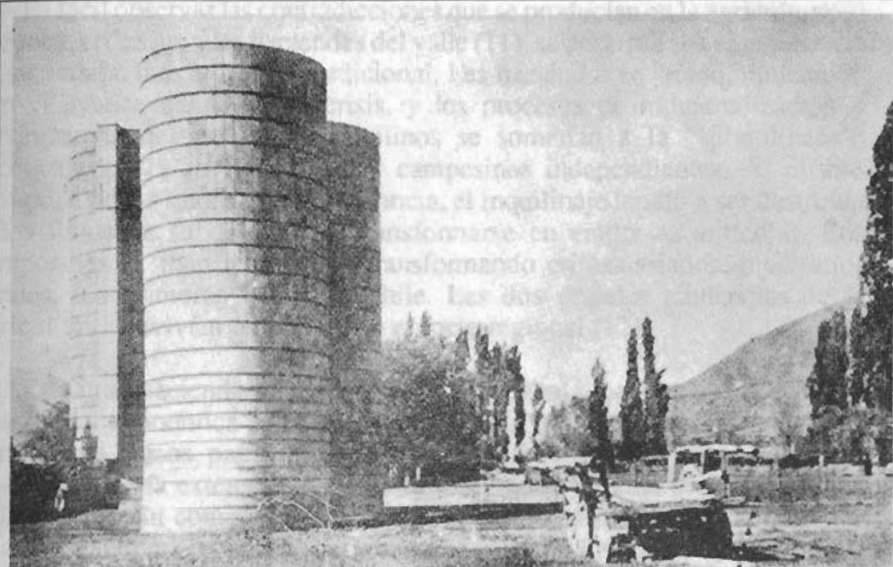
Las haciendas del valle eran liberales en el reparto de talajes a los inquilinos, ya que poseían amplias veranadas en la cordillera y abundancia de pastos. Es por ello que, a pesar de pagarse bajos salarios, muchos de sus inquilinos se fueron transformando en pequeños propietarios.

Esto contribuye a mantener vivo el aliciente de permanecer en los fundos, a fin de incrementar el ganado y de este modo poder incorporarse a los propietarios de la parte inferior del valle (10).

(8) Datos entregados por el propietario a Anabalón Urzúa y publicados por éste. Baraona entrega cifras diferentes y menores de tierras regadas en su libro *Valle de Putaendo*, citado. Este autor señala que la hacienda Lo Vicuña, colindante con la que analizamos, habría tenido más de 5 mil cabezas de ganado, 700 ovejunos, 400 animales de tiro y 700 caballos de montura (p. 225).

(9) Baraona, *Valle del Putaendo*, p. 229.

(10) Se señala que de 38 pequeños propietarios analizados, 27 provenían del inquilinaje tanto de haciendas del mismo valle como vecinas. Esto habría ocurrido en los últimos cuarenta o cincuenta años, es decir, entre 1910 y 1960, fecha del estudio (Baraona, *Valle del Putaendo*, Cuadro XI/2, "Pobladores del Valle con origen inquilino", p. 239). Véase lo que sobre este tema hemos desarrollado en el Primer Tomo, pp. 20-21 y 138-139.



LOS SILOS DE LA HACIENDA SAN JOSE DE PIGUCHEN (1920)

ANTIGUAS CASAS DE LA HACIENDA SAN JOSE DE PIGUCHEN (1920)

ALAMEDA EN LA HACIENDA SAN JOSE DE PIGUCHEN

(De: Anabalón Urzúa (pp. 195-197))

Es fácil observar las contradicciones que se producían en la agricultura de la época; en las grandes haciendas del valle (11), se desarrollaba el inquilinaje en su versión más antigua y tradicional. Las haciendas se "reinquilinizaron" con el avance del siglo, la crisis, y los procesos de industrialización y urbanización del país. Los inquilinos se sometían a la "subordinación ascética" con la esperanza de ser campesinos independientes. Al mismo tiempo, a pocos kilómetros de distancia, el inquilinaje tendía a ser destruido y los fundos a subdividirse y transformarse en empresas agrícolas. Los campesinos se iban lentamente transformando en asalariados, proletarios rurales, los primeros quizá en Chile. Las dos grandes tendencias de la agricultura convivían en un mismo espacio regional (12).

Esta gran hacienda de Piguchén funcionaba, al igual que las demás, con una lógica económica diferente a las chacras que hemos analizado: gran cantidad de brazos, pago en especies, principalmente mediante el derecho a talaje, ganadería extensiva e intensiva para carne y leche, multiplicidad de cultivos, etc. Su composición de capital era mucho más baja que la de las chacras, y su renta proporcional, mucho más alta. En las chacras teníamos que la relación entre valor del suelo y mejoras era de uno a tres y medio, lo que en estas haciendas era impensable. La magnitud de los recursos no justificaba una relación de capital tan alta, ya que se aseguraba la obtención de rentas por la vía extractiva señalada. Fue otro de los factores que impidió la modernización y el cambio.

- (11) Hemos estudiado una buena cantidad de haciendas del valle de Aconcagua; por la necesaria brevedad del texto no es posible describirlas una a una. Creemos que Piguchén es un caso bastante típico. La gran hacienda Catemu se había dividido en grandes haciendas (Las Varillas de Catemu, Las Vacas de Catemu, Las Compuertas, Santa Rosa de Catemu, etc.). En estas haciendas la producción y funcionamiento eran semejantes a los de Piguchén. Varias de ellas aparecen ya en el año 1921 arrendadas a terceros, según la tendencia rentística que hemos venido mostrando: La hacienda Quilpué, que hemos comentado, era quizá más modernizada, pero mantenía el mismo tipo de relaciones laborales. El Tártaro y Le Vicuña, ambas ubicadas en el mismo Valle del Putaendo y muy semejantes en su estructura, reunían a esa fecha (1921) 67.510 hectáreas, de las cuales casi 3 mil eran planas. San Vicente de Los Andes, en Calle Larga, era otra hacienda de grandes proporciones, que en ese tiempo tenía semejantes características; era de propiedad de la firma salitrera Mitrovich Hnos., con casa matriz en Valparaíso; había sido comprada para abastecer a las salitreras por ferrocarril. Esta hacienda tenía en los años veinte 114 posesiones de inquilinos. Años después pasó a propiedad de don Pascual Baburiza, también rico salitrero, quien la transformó en uno de los campos más modernos de su época. El Sauce era otra gran hacienda a la salida de Los Andes, de 52 mil hectáreas, caracterizada por combinar tierras de valle con grandes veranadas de cordillera. Pasó a la Caja de Colonización años más tarde, y allí se instaló una interesante escuela de capacitación para los nuevos colonos (1935-36).
- (12) Creemos que la discusión acerca de la proletarianización o campesinización en la agricultura chilena se comprende mejor con estos antecedentes. Según se desprende del texto, es fácil ver una sola cara de la moneda: lamentable o afortunadamente, la moneda tiene dos caras. En los años que estudiamos, en una misma zona había fuertes procesos de proletarianización y campesinización, simultáneos.